

PIANOS EN LLAMAS



Carlos Mal

GANADOR DEL
CONCURSO DEL LIBRO
SONORENSE 2019

—
Ensayo

PIANOS EN LLAMAS
Ensayos (1999-2019)

Carlos Mal



DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



SEC
Secretaría
de Educación y Cultura



INSTITUTO
SONORENSE
DE CULTURA

typotaller

Pianos en llamas (Ensayos 1999-2019)

© Carlos Mal

CONCURSO DEL LIBRO SONORENSE 2019

Género: ensayo

Gobierno del Estado de Sonora

Claudia Pavlovich Arellano

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE SONORA

José Víctor Guerrero González

SECRETARIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Mario Welfo Álvarez Beltrán

DIRECTOR DEL INSTITUTO SONORENSE DE CULTURA

Marianna González Gastélum

COORDINADORA DE ARTES DEL INSTITUTO SONORENSE DE CULTURA

Gabriela Soto Soto

RESPONSABLE EDITORIAL

Secretaría de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero

SECRETARIA GENERAL

Esther Hernández Torres

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Primera edición, noviembre 2020

ISBN: 978-607-9499-56-3

© D.R. Instituto Sonorense de Cultura

Av. Obregón 58, colonia Centro

Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000

literatura@isc.gob.mx

ISBN DE LA VERSIÓN DIGITAL:

978-607-8827-17-6

© Typotaller Ediciones sas de cv

Barra de Navidad 76-C

Guadalajara / México / 44110

typotaller@gmail.com

Ilustraciones de cubierta e interiores

© Carlos Mal

INTRODUCCIÓN



Fig.1. Dino Trajeado.

Imagine el lector que va por la calle y, de triste acuerdo con fortuitos designios de dioses ignotos y largamente olvidados en la ceniza de las reescrituras, un piano envuelto en las llamas de una atmósfera inclemente cae sobre su cabeza y siega su vida como la mies más amarga en esta cosecha injusta que llamamos vida.

Así es el mundo y así pasa su gloria. Los padres de la Iglesia tenían razón cuando sentenciaron que *hoc mundum fuckorum est*, o como bien lo replantea Carlos Mal en este libro de ensayos: «Qué injusto es Dios».

Pianos en llamas es un libro de ensayos anómalo porque fue elegido para ganar un concurso regional de literatura por virtud de uno solo de sus ensayos: «El Rey de la Naturaleza: notas sobre una canción norteña», escrito que sirve como telonero de esta colección de ensayos satánicos. Los jueces que ciñeron a Carlos Mal con el olivo del Parnaso obviamente no leyeron más allá de estas primeras páginas y jamás se dieron cuenta de que estaban premiando y condenando a la publicación a un libro sobre el Diablo y sobre cosas muy malas y muy feas, como la certeza de un mundo sin Dios o como el pavor de vivir rodeado de gente que piensa que es normal darse golpes en la cara.

Se me erizan las plumas que forran mi escamado y paquidermo cogote al imaginar la reacción de las rancias y cerradas mentes norteñas a quienes se presentará este libro y me adelanto, con dolor en mi corazón, a la inmolación, ora simbólica-metafórica, ora fenoménica-factual, de mi buen amigo Mal bajo el azote de estas huestes brutales.

Su desastrado fin, sin embargo, habrá dejado tras de sí este libro que incluye ensayos sobre el gel para el cabello, sobre arte clásico, sobre literatura sonoreense, sobre la muerte, sobre el suicidio, sobre esa vez en la que se fumó un cigarro frente a la Mona Lisa y sobre lo mucho que Carlos Mal ama al Señor Oscuro.

Quede ante ustedes como garante de mi buena consideración y laudatoria, este esfuerzo de la mente más brillante del Club Chufa.

DINO TRAJEADO

París, 2020.

A Susana F. Haro, mi esposa.

Para mí solo hay tres temas:
el arte, Satanás y tú.

EL REY DE LA NATURALEZA
(O «NOTAS SOBRE UNA CANCIÓN NORTEÑA»)



Like a king over earthly nature, it rouses every force to countless transformations [...].

NOVALIS

UN HÍBRIDO INTERESANTE DE FOLCLOR y manufactura comercial, la canción norteña nos ha dado, por fin, suficiente tiempo como para poder verla desde lejos y apreciar sus mejores piezas.

En México no hay intelectual o sibarita que sea tan mamón como para que no le guste al menos una canción de los Tigres del Norte o de Los Invasores, aunque sea en sentido «irónico» (las comillas las uso porque la ironía no es lo que los hípsters creen que es).

Desde niño me gustó Ramón Ayala y sus Bravos del Norte; después, en mi adolescencia, en mi larga fase afectada, irritante y precariamente esnob, intenté con todas mis fuerzas negar el legado ranchero de mis padres y de mi entorno; llené esos espacios con rock alemán amanerado, con el hoy avergonzante *nü metal* y con *chanson* francesa que se ajustaba a mí con la gracia de un guante de terciopelo en la pata de un rinoceronte.

Muchos años después, frente al paredón de fusilamiento del hecho de que estoy viejo y de que he vivido alejado de México por muchos años, echo un vistazo a los grandes del acordeón mexicano y veo que una canción destaca como una enorme arista en el repertorio completo de todo el género: «El rey de la naturaleza» de Ramón Ayala. Y es aquí cuando les explico por qué es la mejor canción norteña de todos los tiempos, *nerds*.

«El rey de la naturaleza»,
de Ramón Ayala y sus Bravos del Norte
(*Corridos auténticos*, 1994).
Letra: Armando Salazar, Jr.
Arreglos: Joe Mascorro.

*Allá por la madrugada
le suena el cuajo a una yegua,*

*parece ser Pancho Villa
montado en su Siete Leguas.
Es el viejo don Antonio
al lado de su teniente,
perro tuerto y algo chueco
que se pasó de valiente.*

El rey de la naturaleza es un hombre llamado don Antonio que al parecer monta un caballo con el porte militar de los revolucionarios mexicanos. Su teniente es un perro damnificado por varias peleas en un turbulento y animalesco pasado. La canción abre de una manera peculiar, ya que otras piezas del género suelen adoptar la retórica narrativa del corrido: «Voy a contarles la historia...», «Amigos, vengo a contarles...», «Voy a empezar a cantarles...».

Armando Salazar Jr., el compositor de la letra de «El rey de la naturaleza», decide hacer más bien un cuadro paisajista, un retrato humano enmarcado en un ámbito bucólico: un viejo a caballo con su fiel perro. No necesitamos más para saber que este no va a ser un corrido ni un narcocorrido ni una canción de amor. Desde este momento esta canción me intriga: ¿De qué va a tratar? ¿Algo va a pasarle al viejo? ¿Irá a haber acaso una historia en esta pieza? Veamos el coro:

*El jinete muestra huellas
de mil tropiezos y afanes,
durmió bajo las estrellas,
cazó con los gavilanes
y aún porta la elegancia,
y aunque viva en la pobreza
es hombre de palabra...
rey de la naturaleza.*

Quien no ha escuchado esta canción no sabe que este coro es quizá el más experimental, innovador e interesante de todos los coros en la historia de la música norteña tradicional. Desde el verso «durmió bajo las estrellas» cada verso subsecuente es cantado en una escala superior a la anterior, como si Ramón Ayala estuviera intentando cantar una pinchi aria de ópera en medio de una canción ranchera. *W.. T.. E..*

Pero oigan, es en serio: cuando llega al verso «cazó con los gavilanes» uno no piensa: «Ah, Ramón Ayala va a seguir subiendo la escala musical de su voz». NO. Uno piensa: «Ah, normalmente, como en TODA la música norteña que he escuchado, este verso es el último del coro, ya que es humanamente imposible que continúe por TRES VERSOS MÁS...».¹ Y Ramón Ayala dice «*Challenge accepted*» y adivinen qué hace. Exactamente eso. Y esa no será la única sorpresa formal de la música de esta pieza. Hay una más, y les va a volar la cabeza si son aficionados a la poesía con metro y rima.

En la estrofa que dice:

*Trotando por un sendero viejo,
sentado bien en la silla,*

Ramón Ayala hace algo *in-FUCKING-creíble*. Mete dos sílabas más, agrega dos sílabas completamente innecesarias. Déjenme se los digo de otra forma, porque no parece que me estén entendiendo... Ramón Ayala agregó sin necesidad dos sílabas... no una... DOS... y de verdad no se necesitaban. Miren:

*Trotando por un sendero (ocho sílabas),
sentado bien en la silla (ocho sílabas).*

Entonces... ¿por qué lo hizo...? ¡Por chingón, señoras y señores! Para ponerle un copetito a la cabellera embetunada del romance: es el único verso de toda la canción que tiene diez sílabas en lugar de ocho... y lo más peculiar es que, gracias a la música, este bache en el ritmo otramente plano de la canción se escucha muy bien: hay un arreglo musical que resalta en cuanto Ramón Ayala canta ese «*viejo*» que sobra, que se erige ante el llano de los octosílabos como un cacto entre las dunas.

Si bien «El rey de la naturaleza» no cuenta una historia completa, sí termina por hacer un retrato sociocultural de don Antonio: el rey de la naturaleza, quien cazó con gavilanes y durmió bajo las estrellas es ahora un cocinero que extraña los tiempos de gloria en los campos abiertos.

Fueron pasando los años